

Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

SOBRE EL ARQUITECTO FERNANDO DE CASAS Y SU VIAJE A PORTUGAL.

LAMAS, Manuel Chamoso

Ano: 1963 | Número: 73

Como citar este documento:

LAMAS, Manuel Chamoso, Sobre el arquitecto Fernando de Casas y su viaje a Portugal.
Revista de Guimarães, 73 (3-4) Jul.-Dez. 1963, p. 261-270.

Casa de Sarmiento
Centro de Estudos do Património
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51
4800-432 Guimarães

E-mail: geral@csarmento.uminho.pt

URL: www.csarmento.uminho.pt



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Sobre el Arquitecto Fernando de Casas y su viaje a Portugal

Pelo Dr. MANUEL CHAMOSO LAMAS.

Transcurrían los años del primer cuarto del siglo XVIII, el occidente europeo iniciaba su catarsis barroca. A la serenidad normativa del purismo greco-romano, que había contenido el natural impulso expresionista de la sensibilidad artística del pueblo ibérico, sucedía el desbordamiento impetuoso del barroco.

En Galicia, como en la mayor parte de la Península, se abre en tal ocasión un panorama auroral, optimista y fluyente, bajo la acción de mecenas entusiastas, siendo Compostela, el antiguo centro religioso y cultural, donde se fragua y cristaliza ese impresionante proceso dinámico y estético que llega rápidamente a una apoteosis creacional sin par en la historia de las artes.

Durante esos años del primer cuarto del siglo XVIII, se acusa en la región gallega el tránsito de la fase seicentista con que alcanzó su primer triunfo el barroco, a la etapa profundamente naturalista que culmina en la mas absoluta superación del anhelo expresivo sobre toda ponderación normativa. Y este tránsito, que aparece informado por un nuevo aliento formal, está representado de una manera extraordinariamente singular en Compostela en una obra arquitectónica, que así alcanza notable valor representativo.

Trátase de la Capilla de la Virgen del Pilar construida en el arranque Sur de la girola de la Catedral de Santiago de Compostela. Sin duda, puede ser considerada esta capilla como una de las mas interesantes dependencias del gran templo catedralicio, y no, solamente, por el esplendor y riqueza que derrocha a la vista, sinó, también, por la grata armonía de su planta y del desarrollo de su alzado, los cuales acusan la acción artística de maes-

tros o arquitectos incorporados ya a la corriente creadora del barroco.

La construcción de esta Capilla (1) no surgió de manera deliberada desde un principio, pues otro era el fin que perseguía el Cabildo catedralicio cuando el año 1696 se iniciaron las obras. De tiempo atrás venían los Capitulares sintiendo la falta de una sacristía que fuera capaz de atender al servicio del culto del altar mayor y, a la vez, digna de tan famosa e importante Basílica, por ello el 24 de Enero de 1676 decidieron su construcción (2). Su emplazamiento se eligió en el lugar que ocupaban las románicas capillas de San Fructuoso, primera del brazo Sur del crucero, y de San Andrés, primera de la girola, es decir, el espacio comprendido por el primer recinto absidal del lado Sur del templo.

Concertado esto y encargado del proyecto, así como de su ejecución, el gran Arquitecto barroco, Domingo de Andrade, a la sazón Maestro Mayor de las obras de la Catedral, determinadas circunstancias ocasionaron nuevas orientaciones a los propósitos.

Em 1686 había efectuado su entrada en Compostela el nuevo Arzobispo Fray Antonio de Monroy. De la Orden de Predicadores, mejicano y riquísimo, dueño de un platal en Nueva España, es el prototipo del mecenas y del Arzobispo barroco. Deslumbrado por la grandeza de Roma, donde había sido General de la Orden, es un decidido partidario de lo opulento y espléndido, de lo grandioso y monumental, y así abre con su entusiasmo y su impulso paso franco en Galicia a las posibilidades creacionales del estilo.

Con arreglo a ello, apreciando al punto Monroy que la obra de la sacristía nueva iniciada en la Catedral proseguía lenta y dificultosamente, buscó solución proponiendo al Cabildo le concediese construir en su lugar una capilla bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y le permitiese erigir en ella su mausoleo. En sesión capitular del 11 de Septiembre de 1711 (3) se deci-

(1) M. Chamoso Lamas, «La Capilla del Pilar en la Catedral de Santiago», *Archivo Español de Arte*, n.º 44. Madrid, 1944.

(2) Archivo de la Catedral de Santiago. Libro 48 de Actas Capitulares, fol. 43 v.º y 44 v.º.

(3) Archivo de la Catedral de Santiago. Livro 48 de Actas Capitulares,

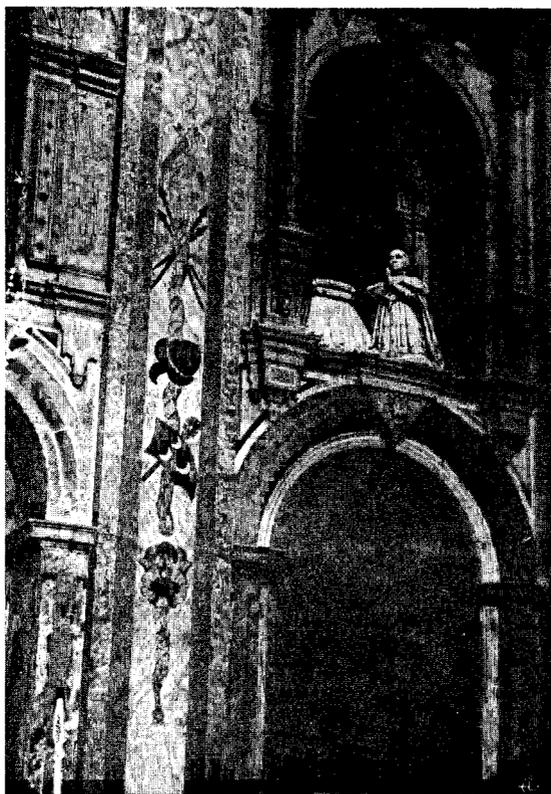


Fig. 1 — *Catedral de Santiago de Compostela*
Mausoleo del Arzobispo de Monroy en la Capilla del Pilar.

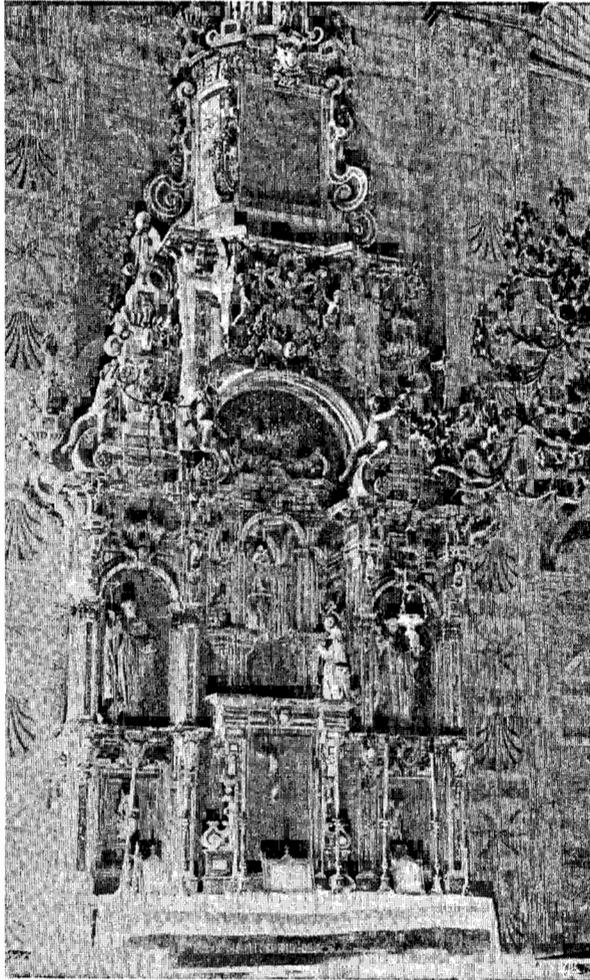


Fig. 2 — *Catedral de Santiago de Compostela.*

Retablo de la Capilla del Pilar.

dió aceptar en principio la propuesta del Arzobispo, pero temiendo que ésta solución dejase al templo sin la sacristía proyectada, se condicionó tal aceptación en la forma siguiente: «Que su Il^{ta}. concluya la obra de la sacristía nueva de esta Sta. Inglesia, disponga y forme en ella su entierro y coloque altar con la imagen de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, y esto sin privar que sirva para el ministerio de sacristía, ni ser visto adquirir su iltma. derecho de patronato». Se acordó, igualmente, que hasta el año 1713 proseguirían las obras a cargo del Cabildo.

En efecto, el 8 de Marzo de 1713 ⁽¹⁾ fué firmada la escritura de fundación de la capilla, la cual, a partir de esta ocasión, se denominó del Pilar, y en ella se construiría, además, el mausoleo del Arzobispo fundador, quien, aquejado desde hacía algunos años de grave y penosa dolencia, no pudo ver concluida la obra pues falleció el 9 de Noviembre de 1715 y la capilla no se abrió al culto hasta 1721.

Siu duda, una de las razones que motivaron la lentitud en el desarrollo de las obras de esta sacristía y que ante ello el Prelado propusiera establecer una fundación, fué la falta de asistencia a las mismas del Maestro Mayor Domingo de Andrade, su proyectista, quien, viejo y achacoso, dejó de atenderlas desde 1711. El Arzobispo, así como el Cabildo, reconociendo la necesidad de un maestro de obras y que el mas competente de cuantos a la sazón trabajaban en Galicia era Fernando de Casas y Novoa, le llamaron a Lugo, donde dirigía las obras del claustro de aquella Catedral, y le ofrecieron el cargo que él aceptó con la condición de proseguir con la dirección de la obra lucense.

Fernando de Casas debió respetar en su mayor parte el proyecto de Domingo de Andrade, sin embargo, no es preciso esforzarse mucho para apreciar que en ésta obra se encuentran frente a frente dos técnicas y el sentimiento de dos notables Arquitectos representantes, sí, de una misma época y de un mismo estilo, pero que sintetizan dos tendencias de distinta significación artística. Una, la de Andrade, claramente manifiesta en su extensa y

(1) Archivo de la Catedral de Santiago. Tenencia del Sr. Arzobispo Monroy, Mazo, legajo 1, fundaciones.

formidable obra, que culmina en la gran torre del Reloj de la Catedral de Santiago, se caracteriza por una tendencia espacial que consiste en subordinar, en lo que permiten las posibilidades técnicas, los elementos constructivos al tema ornamental, pero desligando sus distintas funciones; en tanto la otra, la de Fernando de Casas, su genial continuador, cuya obra aun mas numerosa y transcendente que la de Andrade culmina en la monumental fachada principal del templo compostelano, está mas sujeta al espíritu efectista del barroco, pues todos los recursos expresivos puestos en juego se orientan hacia un fin premeditado de impresión estética, ingeniosamente obtenido merced a un sabio aprovechamiento en los elementos constructivos de todas las posibilidades de expresión que ellos mismos facilitan.

Ello nos permite apreciar como la Capilla del Pilar de la Catedral de Santiago está mas bien informada por la idea y la manera constructiva y ornamental de Andrade. Los mismos motivos ornamentales que cubren los netos de las estructuras de la torre del Reloj, trofeos militares enlazados, cascos, lanzas, escudos, etc., etc. (1), se representan en las pilastras de la capilla y aun en la rica decoración pétreo de la cúpula.

Ahora bien, al transformarse la función de tal dependencia de sacristia en capilla, se hacía menester dotarla de un retablo y esto no figuraba en los planos de Andrade, creados antes de la decisión de Monroy, por lo que Fernando de Casas tuvo que proyectarlo. No obstante la coincidencia de época y movimiento, el retablo realizado por Casas muestra la presencia de una nueva inquietud estética, de un sentimiento impregnado de mas amplia valoración artística que aquel que domina en toda la capilla. El individualismo, la personalidad creadora, surge aquí al realizar una obra que rompe la tradicional disposición de los retablos barrocos, que tuvieron su iniciación en el gran tabernáculo del Altar Mayor de la Basílica compostelana.

De dos cuerpos y una complicada organización terminal, exhibe una elegante distribución por pilastas, que abandona la característica columna salomónica.

(1) Estos motivos aluden a la renovación iconográfica de la idea religioso-militar del Apóstol Matamoros.

Se coronan aquellas, en el primer cuerpo, por barrocas repisas que culminan en una graciosa cabeza de angel, y en el segundo, por capiteles corintios que llevan el efecto de conjunto a un punto de clásica referencia arquitectónica. Estas pilastras se cortan para formar los compartimientos que cobijan las imágenes de Santo Tomás y Santo Domingo. Sobre ellos dos pináculos, esmeradamente trazados, flanquean los cuerpos terminales, que parten el arco central que cobija el templete en qué se halla la imagen de la titular de la capilla, la Virgen del Pilar.

El conjunto produce un extraordinario efecto de agilidad ornamental aun realizado por la riqueza polícroma de los materiales empleados en su construcción, jaspes y mármoles, a la vez que un acusado predominio de lo vertical logra la impresión de una mayor esbeltez y buscado acento de espiritualidad que, al repudiar la tosca materialidad de las masas, parece alejarse del concepto básico del barroco. Para huir de la pesadez de aquellas, evita su limitación reduciendo los trazos horizontales, que, por otra parte, no aplica mas que para cortar los distintos cuerpos, lo cual va en favor de los trazos verticales, que dominan en el conjunto prolongándose con insistente paralelismo a través de los cuerpos por los esbeltos pináculos hasta llegar al elemento terminal, quien reúne en sí la fuerza ascensional que distingue a esta obra.

Pues bien, es en éste retablo y en una de las esculturas que contiene, donde se conserva y puede admirarse el curioso testimonio de un hecho singular, aunque poco divulgado y aun menos apreciado en su notable significación. Es ésta tal que, aparte haber llegado a trascender al campo de lo sobrenatural o milagroso, registra fielmente la existencia de una sólida relación amistosa y un generoso intercambio artístico entre el reino de Galicia y el vecino Estado de Portugal.

Registremos los hechos:

En sesión capitular celebrada el 16 de Enero de 1717 (1), se acordó: «Que el Sr. Cardenal Don Manuel

(1) Archivo de la Catedral de Santiago, Libro 49 de Actas Capitulares, fol. 2 v.º.

de Salazar disponga que el Maestro de Obras de esta Santa Iglesia del Sr. Santiago, Don Fernando de Casas y Novoa, vaya al Reino de Portugal a la compra de jaspes para la obra del Iltmo. Sr. Arzobispo Monroy, dándole el dinero que fuese necesario y testimonio de ser la compra para dicha obra».

De la estancia del Arquitecto Fernando de Casas en Portugal y de los curiosos sucedidos que tuvo, nos da testimonio un extenso expediente que se conserva en el Archivo de la Catedral Compostelana en un mazo de documentos rotulado «Capillas de la Piedad, del Pilar, de las Reliquias, de Don Lope y de la Azucena (Antecedentes Varios)».

Dicho expediente se formó ante un Juez Delegado, el Doctoral Don Pedro Freire de Andrade, com motivo del hallazgo de dos conchas («pecten jacobea») en el pedestal que se destinaba para la imagen del Apóstol Santiago en el retablo de la capilla de Ntra. Sra. del Pilar, y que se labró en una de las piezas pétreas traídas de Portugal.

Este hecho, considerado excepcional, llegó a ser tomado como milagroso, contribuyendo a ello otro singular sucedido del que fueron protagonistas el Arquitecto Don Fernando de Casas y uno de los oficiales canteros, cuando se hallaban en Portugal buscando materiales pétreos especiales para la obra de la capilla del Pilar.

Todo ello se recoge en sendas declaraciones que constituyen la parte principal del expediente, el qual lleva la fecha de 23 de Junio de 1721.

La primeira declaración es la del oficial pedrero Bernardo de Lago y describe detalladamente como al desvastar una piedra de jaspe, de las traídas de Portugal y «que llaman almendrado», destinada por el Maestro Fernando de Casas para base de la escultura del Apóstol Santiago, que había de figurar arrodillado ante la imagen de la Virgen del Pilar en el retablo de su capilla, halló en ella una concha de color nacarado, como se crían en el mar naturales y constituyen de antiguo la insignia del Santo Apóstol. Sorprendió mas el criterio de todos el hecho de que siendo muchas las piezas de esta clase traídas de Portugal, en ninguna se

hubiese hallado cosa semejante, (1) y, también, que tal pieza se había ido desechando hasta que el Maestro decidió su aprovechamiento para peana de la escultura. Declara también Bernardo de Lago, que extraída la concha y considerando su hallazgo milagroso, como tenía a un hijo suyo de cinco a seis años enfermo de calenturas, llevó aquella a su casa y tomándola en sus manos se halló el pequeño mejorado de repente. Esta declaración aparece corroborada por los demás oficiales del taller y algunos prebendados.

La segunda declaración, para nuestro objeto más importante, es la que presta el Arquitecto Don Fernando de Casas. Explica como por orden del Deán y Cabildo pasó el año 1717 a la ciudad de Lisboa en el Reino de Portugal para efectuar compras de jaspes, mármoles y mas géneros de mayor estimación que hallara, para la obra de la capilla del Pilar. Expone seguidamente que yendo el día de San Marcos acompañando a un oficial militar amigo suyo, Don Baltasar Garcia, que había encontrado en Lisboa, el cual iba a embarcarse en uno de los navios de guerra que mandara el Rey de Portugal al Emperador para luchar contra el turco, y llevando consigo al oficial pedrero Pedro Fandiño, quien como ayudante le acompañara desde Santiago, llegaron al pie del navio que, con mas de veinte, esperaban a las gentes que iban a efectuar su embarque. El citado Oficial militar quiso pasar su equipaje desde un bote al navío por la portiñuela de una de las piezas de artillería, prestándose a ayudarle el Pedro Fandiño al tratar de alcanzar un fardo del equipaje al mozo que se hallaba en la portiñuela, a consecuencia del embate de una fuerte ola se cayó al agua Fandiño sin que nadie pudiese valerle por el gran movimiento que se produjo en los navios, los cuales por hallarse muy juntos chocaban unos con otros creando una gran confusión. Reconociendo en esta situación el declarante, Fernando de Casas, ser imposible el remedio humano para salvar la vida a su ayudante, quien no sabía nadar, invocó a la Virgen del Pilar y sintió al punto una interior confianza que cul-

(1) No se pudo discernir entonces que se trataba de un fósil.

minó en el mayor gozo al ver que, aun pasado tanto tiempo que hacía imposible a lo natural no estuviese ya ahogado el Pedro Fandiño, los marineros que estaban en el puente de dicho navío echaron una cuerda a petición de los barqueros para sujetar los botes, mas aquella no alcanzó a estos sinó que cayó al mar, la cual, según declaró el propio Fandiño, se le enrolló al pescuezo de modo que pudo asirse a ella con las manos cuando ya se sentía morir y al tirar los marineros, con propósito de volver a lanzarla a los botes, sacaron del agua al Pedro Fandiño todavía muy alentado y con gran admiración de los que lo presenciaron.

Narra a continuación el Maestro Fernando de Casas como pasando días mas tarde de la ciudad de Lisboa a las montañas de la Arrábida, en donde se encontraban las canteras de jaspe, llamado por los portugueses «apiñoado» y en Santiago «almendrado», y a fin de tratar con los monteros que lo extrain el coste de los bloques que deseaba traer a Compostela, le expusieron aquellos la imposibilidad de poder cortarlo en aquella época, mes de Abril, por la abundancia de lluvias, las que no les permitirían hacerlo hasta los meses de Junio o de Agosto. Esta dificultad le hizo abandonar el propósito de traer tal género, pues no podía dilatar tanto su estancia en Portugal. Más, volviendo a Lisboa, al siguiente día visitó el Convento de San Vicente de Afora, en el cual se estaba edificando una sacristía revestida de jaspes varios, y tratando con el Maestro de aquella obra de la falta que hallaba de tal material, le confirmó aquel lo que le habían dicho los monteros. Estando en esta conversación llegó hasta ellos el religioso que tenía a su cargo la administración de aquella obra y apreciando el sentimiento que pesaba sobre el declarante al no poder adquirir los jaspes que habían motivado en parte su viaje, y sabiendo que estos se destinaban a una obra de la Iglesia Apostólica de Santiago de Galicia, con gran demostración de devoto amor, afirma el declarante, ofreció el monje todas las piedras que de aquella clase buscada tenía dedicadas para su obra, abonándole, tan solo, el coste que tenían puestas allí pues ya mas adelante, al buen tiempo, haría coger otras.

Justamente, según sigue declarando Fernando de Casas, en una de esas piezas fué en la que el oficial

pedrero Bernardo de Lago, que la trabajaba por haberla seleccionado entre otras muchas el declarante para peana de la imagen del Apóstol, halló la «milagrosa concha».

A la declaración del Maestro Arquitecto Fernando de Casas sigue la del oficial pedrero Pedro Fandiño, quien narra con similares conceptos, aunque con mas fuerza descriptiva, su percance. «Para ayudar — dice — tomó un fardo de ropa y al tiempo que le estaba dando desde el bote a otro mozo para que lo tomara por la portañuela, sin saber como se apartó el bote del navío y el que declara se cayó al mar sin que nadie le socorriese, y en ella por no saber nadar estuvo espacio de tiempo agonizando, con las ansias de la muerte y sin esperanza de socorro, ni prevenir quien se lo pudiese dar, ni aun dolerse de sus culpas viendo que moría, pues todo el ansia era salvar la vida, cuando sintió se le arrollaba en el pescuezo una cuerda que le quería ahogar porque le pareció tiraban de ella, y así hubiera sucedido a no haber metido la mano derecha entre el pescuezo y el lazo y agarrando de él fuertemente de esta manera se vió sobre el agua junto a un bote, al cual le subieron los marineros de él casi sin sentido por la mucha agua que había bebido, que le hicieron arrojar después; y por este milagro que atribuyó a la Soberana Virgen del Pilar y al Sto. Apóstol Sr. Santiago, en cuyo servicio iba, le rindió las gracias que caben en su corta capacidad y no las que debía».

Describe, tambien, a continuación, el caso de la búsqueda de jaspes con su Maestro en la cantera, así como la visita a San Vicente de Afora, en Lisboa, el ofrecimiento que hizo el religioso de las piezas y el hallazgo sorprendente de la concha «insignia del Apóstol» en una de aquellas.

No ha de extrañar que la doble circunstancia del providencial salvamento de Pedro Fandiño seguida de la del hallazgo de la concha en la pudinga, apiñonado o almendrado, galantemente cedida con las restantes piezas por el monje de San Vicente de Afora de Lisboa, suscitase en Compostela un sentimiento de reconocimiento de los poderes sobrenaturales. Ciertamente, aunque es posible explicar como fenómeno natural la presencia de los moluscos fósiles en un conglomerado pétreo, como el que se extraía del monte de la Arrábida, en Portugal, y

que en cierta abundancia se encuentra empleado en la Catedral de Santiago, no puede decirse que el hecho sea frecuente justificándose la atribución milagrosa representativa, puesto que el hallazgo correspondía, además, al emblema singular jacobeo.

De este modo hemos visto como Portugal contribuyó no solo con sus materiales sino, también, con su gentileza, al esplendor y riqueza de una de las obras mas representativas del barroco español, así como a una piadosa confirmación del poder de intercesión cerca del Altísimo de la Virgen del Pilar y del Apóstol Santiago.

Compostela, 1963.